

La trampa de la diversidad o la nostalgia de la Edad de Oro

Dolores Sánchez Durá



Daniel Bernabé, *La trampa de la diversidad. Cómo el neoliberalismo fragmentó la identidad de la clase trabajadora*, Madrid, Akal, 2018, 254 pp.

QUIEN PIERDE EL ORIGEN PIERDE LA IDENTIDAD

Hace años Raimon ya cantaba: «Qui perd els orígens perd l'identitat» en su conocida obra musical *Jo vinc d'un silenci*. Raimon decía que venía de un silencio antiguo y muy largo. Hacía mención, de manera obvia, al silencio espeso de la dictadura de Franco. Los orígenes en ese contexto eran una referencia obligada para describir la calidad del silencio que había borrado partes constitutivas de una identidad en el transcurso de un tiempo largo. No era una búsqueda de los orígenes desde la añoranza, desde la nostalgia de un tiempo perdido, sino desde la lucha política, del enfrentamiento a una sociedad cerrada y a una política asfixiante.

Sin embargo, la lectura del libro que reseñamos provoca sensaciones distintas a la hora de pensar los orígenes, la identidad y la fragmentación del «único» sujeto político con suficientes señas de identidad para su autenticación revolucionaria: la clase obrera. Porque estas tres consideraciones: pérdida de los orígenes,

* Mi agradecimiento a Enric Juliana por recordarme en un artículo de *La Vanguardia* esta cita de Mao Zedong: «Todo es caos bajo las estrellas. La situación es excelente».

desnaturalización identitaria y naufragio de la unidad, son las que explican el fracaso sin paliativos de los objetivos universales de la revolución y propician una mirada melancólica hacia un pasado en el que la unidad del sujeto, su carácter general y universalizador y la solidez del suelo material e inequívoco de sus objetivos (capital *vs.* trabajo), garantizaba la redistribución que la lucha de clases posibilitaba.

Hay maneras y maneras de conjurar los temores, y este libro es un alegato angustiado contra «el lío» de lo diverso como elemento configurador y dominante del presente. En el texto que sometemos a un examen crítico, *La trampa de la diversidad*, David Bernabé apuesta por un abordaje sintomático, anecdótico, significativo y periodístico –«más periodismo» como proclama enfáticamente un conocido conductor de un programa de gran audiencia de la televisión nacional cada día de cada semana de cada mes– de los grandes núcleos de contenido que aborda. Y lo hace desde un enfoque muy poco académico.

No es que añoremos un enfoque «académico» en el sentido canónico del término. No echamos de menos la erudición ni la argumentación que se traba a fuer de citas a favor y en contra del tipo «unos autores dicen, otros opinan». No es ese el problema. El asunto que queremos resaltar es el estilo, la coloratura, el modo en que se abordan los nudos discursivos; es decir, y para no alargarnos, es un texto extremadamente ligero, narrativo y que resulta poco convencional para la intensidad intelectual de los temas que aborda.

Pero en este toque de *enfant terrible* reside también su virtud: el texto, que es un alegato airado contra la posmodernidad, no hace otra cosa que usar un determinado estilo «posmoderno» para conseguir sus fines. Unos fines que no son otros sino poner en solfa la posmodernidad –así, sin demasiados matices–, para reivindicar una pretérita ortodoxia obrera, marxista y unívoca frente a la diversidad que hegemoniza las luchas de los movimientos sociales contemporáneos y sus trampas saduceas.

¿DE QUÉ CLASE OBRERA HABLAMOS CUANDO HABLAMOS DE CLASE OBRERA?

Pero veamos qué recorrido intelectual hace Daniel Bernabé para explicar sus tesis. Su análisis parte de las ruinas de la modernidad: de la crisis/derrota del modernismo y de la idea de progreso ilustrada como factor de consolidación y expansión del posmodernismo a la par de la progresiva conversión de la política en objeto de consumo. Estas serían, junto con el neoliberalismo en última instancia, las condiciones de posibilidad de la fractura de la unidad de la clase obrera como clase en sí y para sí; es decir, como la clase definida por las fuerzas productivas y las relaciones de producción, y como clase con conciencia que defiende unos intereses de clase, tal como Marx escribió en *Miseria de la Filosofía*:

En principio, las condiciones económicas habían transformado la masa del país en trabajadores. La dominación del capital ha creado en esta masa una situación común, intereses comunes. Así, esta masa viene a ser ya una clase frente al capital, pero todavía no para sí misma. En la lucha, de la cual hemos señalado algunas fases, esta masa se reúne, constituyéndose en clase para sí misma. Los intereses que defienden llegan a ser intereses de clase.¹

La clase obrera es concebida, al parecer, en los términos canónicos del marxismo del «Prefacio» de la *Contribución a la crítica de la economía política*, de la *Ideología alemana* y de los *Gundrisse*. Es decir, como la clase que está determinada por su posición en el modo de producción capitalista y las relaciones de producción de la formación social a la que pertenece. La totalidad de estas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, su cimiento real, sobre el cual se levanta una superestructura legal y política, y a la que corresponden formas definidas de conciencia social. Es la metáfora de la base y de la superestructura que ha dado lugar desde tiempos remotos a lecturas de sesgo economicista, en las que la interpretación de los cambios históricos encuentra resistencias notables y produce explicaciones a veces reduccionistas.²

En el texto de Bernabé, lo económico y lo material son instancias que se superponen y se identifican. Otras lecturas marxistas, como fueron las estructuralistas de Althusser o las de la *New Left* (al igual que las de E. P. Thomson o Stuart Hall), o la crítica gramsciana al economicismo y su visión esencialista y determinista del sujeto político, que, para el marxismo más ortodoxo no es ni puede ser otro que la clase obrera entendida como más arriba hemos expuesto, no parecen tener una consideración distinta al posmodernismo para el autor citado.

En el libro que comentamos hay dos grandes culpables a los que se atribuye la responsabilidad de la actual derrota de las luchas por lo material (los intereses económicos de clase) como objetivo genuinamente revolucionario: el posmodernismo y el neoliberalismo.

El posmodernismo como productor de identidades débiles y progresivamente fragmentadas que, además, entran en competencia en el mercado de identidades diversas que se configuran en el contexto de la expansión y afianzamiento de la hegemonía del neoliberalismo. Bernabé piensa que «el posmodernismo fue el sustrato perfecto para mutilar la naturaleza emancipadora de la izquierda».³ Surge como pareja del neoliberalismo propiciado por las transformaciones económicas de mediados de los setenta y los primeros ochenta, la posterior derrota de la URSS, y la penetración de lo que se denomina «estilos de vida», generados por ese par que aparece reactivamente contra los avances de la izquierda después

1. Karl MARX: *Miseria de la filosofía*. Recuperado de Internet: <<http://www.marxists.org/espanol/m-e/1847/miseria/index.htm>>.
2. Stuart HALL: *Estudios culturales 1983*, Madrid, Paidós, 2015. Documento de Kindle.
3. Daniel BERNABÉ: *La trampa de la diversidad*, Madrid, Akal, 2018, p. 59.

de la oleada de luchas de los sesenta. Sigue la estela de autores como Jameson y su *cultural turn*, Harvey, o Anderson, críticos desde posiciones distintas, aunque con el marxismo como referencia analítica compartida, con la posmodernidad.⁴

La obra de F. Jameson *El giro cultural. Escritos seleccionados sobre el posmodernismo 1983-1994*, que se publicó en 1998,⁵ analizó las nuevas formas culturales de fines del siglo XX como consecuencia de un «capitalismo tardío», marcado por la globalización, los nuevos medios de comunicación y de transporte que han permitido tanto una aceleración como una multiplicación de intercambios –de mercancías, pero también humanos–, y el consumo de masas de productos de duración reducida para que la máquina económica pueda producir siempre más valor, entre otras cosas. A estas mutaciones económicas corresponderían mutaciones culturales caracterizadas por la ausencia de profundidad o el triunfo de lo instantáneo, lo efímero, tal como Rulens indica en su obra sobre la autora norteamericana Wendy Brown.⁶

Tanto Jameson como David Harvey, autor de una interesante y temprana obra sobre la posmodernidad,⁷ asocian cambios económicos y culturales desde un prisma que sigue las pautas del modelo explicativo que vincula la infraestructura a la superestructura, con una relación de causalidad o con un ligamen directo, tal como hacíamos referencia más arriba al hablar de la clase obrera. Sin embargo, tienen el mérito –seguimos al autor citado, Rulens– de poner en relación el cuadro y los actores, postulando que «no se puede actuar y crear de la misma manera en el cuadro de un capitalismo nacional moderno que en el cuadro de un capitalismo global posmoderno».⁸ Parecería que los movimientos de masas modernos, bajo los efectos del neoliberalismo y la globalización, han perdido la pretensión de lo universal, resignándose a la defensa de los intereses de grupo, que muchas veces no exceden el marco de un estrecho corporativismo.

Entre las citas sobre el neoliberalismo que el libro reseñado incorpora no se hace mención a las consideraciones que se derivan del curso de Foucault sobre biopolítica de 1978⁹ y que tanto han influido sobre estudiosos actuales como Wendy Brown o Laval y Dardot. Son concepciones basadas en la idea de que el neoliberalismo es «Un orden de razón normativa que, cuando se convierte en dominante, toma la forma de una racionalidad gobernante que extiende una formulación específica de valores, prácticas y características de la economía al conjunto de las dimensiones de la vida humana».¹⁰

4. Bernabé sigue la línea de la lógica cultural de las transformaciones capitalistas que recorren una serie de autores clásicos en sus interpretaciones del posmodernismo vinculado al neoliberalismo.

5. Frederic JAMESON: *The cultural turn*, Buenos Aires, Manantial, 1999.

6. Nathan RULENS: *Wendy Brown. Démocratie et identité face au néolibéralisme*, París, L'Harmattan, pp. 153-54.

7. David HARVEY: *La condición de la posmodernidad*, Buenos Aires, Amorrurtu, 1998.

8. Nathan RULENS: *Wendy Brown. Démocratie et identité face au néolibéralisme...*, p. 154.

9. Michel FOUCAULT: *La naissance de la biopolitique. Cours au Collège de France*, París, Le Seuil, 2004.

10. Wendy BROWN: *Undoing the demos. Neoliberalism's Stealth Revolution*, Nueva York, MIT Press, 2015.

En definitiva, y como analiza Wendy Brown en su conocido libro *Undoing the demos: Neoliberalism's Stealth Revolution*, se trata de la hegemonía del *Homo oeconomicus* sobre el *Homo politicus*. Del primado del mercado que ocupa todas las instancias del cuerpo social y reconfigura las conductas de los ciudadanos («conducir las conductas» en palabras de Foucault) hacia la destrucción de la acción política, de la soberanía popular y de la democracia.

Los análisis marxistas del neoliberalismo de los autores citados inciden en poner el acento en las lógicas de explotación del capitalismo que ya había analizado Marx. En este sentido, analizan las nuevas bases económicas que enmarcarían y producirían nuevos cambios jurídicos y culturales que estarían determinados por ellas. Los análisis foucaultianos dan una vuelta de tuerca al análisis económico, integrándolo en una explicación de las conductas, de las prácticas, de los sujetos, que encuentran una forma de adecuación o articulación con las nuevas realidades y se convierten en agentes activos de los nuevos valores.

Los análisis más ortodoxos juegan en parte con la idea de que la clase obrera sufre una gran manipulación, una alienación que provoca ese impulso aspiracional con efectos de desclasamiento y de identificación con los valores de los explotadores. Las reflexiones de Foucault, que son anteriores al primer gobierno Thatcher, intentan descifrar las maneras en que una nueva razón política se hace dominante, y a través de qué prácticas el sujeto se constituye en tanto que *homo oeconomicus*. No cabe la alienación, el engaño, en esta perspectiva: no hay sujetos enajenados que deban reencontrar su verdadera naturaleza, hay procesos de subjetivación e investimento que se dan de una u otra manera.

Estas diferencias analíticas tienen consecuencias para las tesis defendidas por Daniel Bernabé porque, más allá de la corrección de los análisis económicos marxistas sobre la globalización, los mercados, las políticas fiscales, la financiarización, la desregulación, etc., se sigue apostando, de manera *esencialista* –es decir, prepolítica– por el destino de la clase obrera como vanguardia destacada de las transformaciones revolucionarias en tanto que se presenta como un dato objetivo, intrínseco a la realidad, más allá de la acción política que la articularía como tal. Pero, si partimos de las tesis de Foucault, Brown, Laval, nos encontramos con una complejidad mayor porque en la medida en que el neoliberalismo ha producido nuevas subjetividades que están en la base del funcionamiento de una nueva racionalidad económica los cambios y transformaciones deben ser pensados desde otras claves que no pueden ser las concepciones clásicas.

Ni la clase obrera de la Comuna, ni la de la Revolución de Octubre, ni la de los movimientos antifascistas, ni la clase obrera fordista –que nunca fueron idénticas ni se movilizaron ajenas a alianzas y bloques, y que también se construyeron a través de sus propios escenarios políticos– tienen mucho que decir en la actual

En español, *El pueblo sin atributos. La revolución furtiva del neoliberalismo*, México, Malpaso, 2016.

situación que el neoliberalismo ha creado, en un mundo en el que el mercado actúa como ideal regulador que hegemoniza las relaciones sociales.

En el libro de Bernabé parece que se afirma que desde Althusser y sus AIE (*aparatos ideológicos de Estado*), que proponen que el sujeto se constituye al ser interpelado, el marxismo cultural, que repiensa la ideología como un repertorio de prácticas subjetivantes, hasta el postestructuralismo –de Foucault a Lyotard, pasando por Derrida, Barthes o Deleuze–, todo parece conspirar para liquidar lo colectivo e instaurar la primacía de lo individual, de lo privado y lo personal.

La idea de que lo personal es político, que puede tener una lectura progresista en cuanto a que conflictos de índole individual también están influidos por el sistema, tiene una contrapartida oscura que viene a reducir lo político simplemente a un problema de actitud personal, donde nuestro yo es capaz de automoldearse y por tanto de inducir un cambio secuencial en la sociedad. La derrota de la ola revolucionaria de finales de los sesenta, o mejor dicho la falta de resultados inmediatos, empujó a miles de activistas de la clase media al repliegue. Mientras que la clase trabajadora combatía con los sindicatos, al activista exhippie le bastaba retirarse a la comuna, al grupo de oración budista o a la secta New Age, para encontrar la paz interior y el cambio.¹¹

«UN LÍO CON MUCHA GENTE» (AZNAR DIXIT). LA ANSIEDAD ANTE LO DIVERSO

La trampa de la diversidad abomina de la posmodernidad neoliberal uniendo con pocas cautelas ambos conceptos a los que identifica por sus efectos en la medida que han favorecido y favorecen la derrota de la izquierda y de sus programas de transformación social. Les atribuye la fragmentación de la homogeneidad del sujeto y la promoción de un coctel deletéreo mezcla de relativismo, multiculturalismo e individualismo. Esta fragmentación de la acción colectiva es la manifestación de una crisis social profunda y se convierte en un activismo de las mil causas.

Podríamos resumir el nudo expositivo del libro de la siguiente forma: el neoliberalismo posmoderno, que es el capitalismo salvaje de nuestro tiempo, produce en los miembros de la clase obrera un efecto aspiracional a la movilidad social ascendente, los desclasa y los anula en tanto que clase revolucionaria, fragmentándolos en mil grupos que son integrados en un nuevo orden social sin aspiraciones a la redistribución, solo al mero reconocimiento. La posmodernidad y el neoliberalismo consiguen el triunfo de la idea aspiracional de integración en la clase media como imaginario de reconocimiento y pertenencia de la inmensa mayoría de la sociedad. En palabras de Bernabé:

11. D. BERNABÉ: *La trampa de la diversidad...*, pp. 63-64.

La revolución neoliberal no es otra cosa que el proyecto de las elites occidentales para, a partir de la Segunda Guerra Mundial, recuperar su mermada influencia en la política y por ende en la sociedad. La revolución neoliberal, la reacción conservadora, no es más que una restauración victoriana, un proyecto exitoso para eliminar los resultados de las revoluciones, primero, y del Estado de bienestar después.¹²

En este sentido, en el libro citado hay una concepción un tanto conspirativa del neoliberalismo al presentar los primeros pasos, escritos, teorizaciones y encuentros, como una línea que lleva inequívocamente desde el Coloquio Walter Lippmann, que se celebró en París en 1938 y la creación de la Sociedad Mont Pelerin en 1947, a los gobiernos en los ochenta de Margaret Thatcher y Reagan. La Sociedad Mont Pelerin agrupó las diferentes corrientes que constituyeron el neoliberalismo, desde el ordoliberalismo alemán, partidario de que el Estado interviniera para crear las condiciones de la libre competencia, y que provino de la reacción frente al fascismo y el nazismo, y la Escuela de Chicago, surgida del enfrentamiento a las políticas keynesianas, que desarrolló la teoría del capital humano. Hayek representa la reunión de ambos mundos.¹³ Pero el «giro decisivo» de los años ochenta no puede hacernos pensar en un «complot» tejido por un «Estado mayor» neoliberal en la sombra hasta que sus propuestas tuvieron éxito. Dardot y Laval piensan que, aunque se pueda hablar de «estrategia neoliberal», sus tesis defienden que el objetivo de la competencia generalizada entre empresas, economías y Estados, se constituyó en el curso del propio enfrentamiento, imponiéndose a fuerzas muy distintas debido su misma lógica, y que a partir de ese momento desempeñó un papel de catalizador, ofreciendo un punto de reagrupamiento para algunas de ellas, hasta entonces relativamente dispersas.¹⁴ «Una estrategia sin sujeto», en palabras de Foucault; no un plan deliberado.

El mismo determinismo, pues, que inspira la concepción del sujeto político alienta en una concepción teleológica del devenir histórico del neoliberalismo. Parece que ese neoliberalismo estaba dentro de las entrañas del viejo capitalismo. Todo lo cual no ayuda a repensar las nuevas realidades, los nuevos sujetos, los escenarios presentes, la política, en suma. En el texto todo se tiñe de una cierta mirada nostálgica del pasado obrero de la Comuna y de los partidos comunistas investidos de las tradiciones heroicas de la III Internacional; admiración que compartimos, pero que nos hace avanzar poco.

Desde los inicios de la crisis de 2008, una corriente de pensamiento enfrentada a la diversidad posmoderna se afianza en ciertos sectores de la izquierda: el neoliberalismo posmoderno y sus efectos han cambiado las prioridades de las luchas; la defensa de la redistribución cede el paso o el equilibrio a la lucha por

12. *Ibid.*, p. 73.

13. Véase *El pueblo sin atributos...*, pp. 74-89.

14. Christian LAVAL y Pierre DARDOT: *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*, Barcelona, Gedisa editorial, 2015, pp. 192-93.

el reconocimiento de las identidades, cada vez más minoritarias y estrambóticas. De la lógica reivindicativa de la redistribución se pasa a la lucha por lo simbólico: de lo material a lo representacional; a lo que se ha denominado «meramente cultural». Es decir, se jerarquizan las contiendas: de primer orden, las materiales; de segundo orden: las culturales.

No está solo Bernabé en la tesitura de sobrellevar la ansiedad que la diversidad y la fragmentación provoca a derecha y a izquierda. El nudo corredizo, que oprime las cabezas y los corazones, de este conflicto entre lo material y lo simbólico, la redistribución y lo representacional, lo identitario y lo económico, lo universal y lo unitario frente a lo peculiar, entre la lógica de lo diverso como desigualdad (*unequal*) y la igualdad, lo colectivo y lo individual, entre la pluralidad de los movimientos sociales y la clase obrera, se ha instalado en muchos debates desde hace ya algún tiempo, sobre todo a la izquierda de la socialdemocracia más canónica.

En un reciente artículo de Xandru Fernández, «Tácticas y delirios de la izquierda Viriato», se exponen con claridad algunos de los argumentos más comunes en torno a esta cuestión del «lío» de lo diverso. El autor escribe su artículo para criticar las posiciones de un autor italiano de éxito –supuestamente marxista– llamado David Fusaro que, en una reciente entrevista, denunciaba la diversidad sexual y cultural como trampa del capitalismo: «El capitalismo deja que las personas salgan a la calle por el orgullo gay, por los animales y por todo, pero ¡que (sic) se atrevan a echarse a las calles para luchar contra la esclavitud de los salarios, contra la precariedad o contra la economía capitalista!». Fusaro opina que hay una alianza internacional contra la clase trabajadora europea, y en esa alianza están comprometidos los señores de las finanzas y los de las rastas. Xandru Fernández dice, no sin razón, que el frecuente uso que se hace recientemente de los términos «posmoderno» o «posmodernidad» es el eco de la ofensiva que tiene lugar en los Estados Unidos contra el «marxismo cultural» y la llamada *French theory*.¹⁵

No diremos que la *French theory* no haya aburrido en ocasiones, navegado por aguas de indescifrable contenido y se merezca tener un nutrido grupo de detractores y críticos radicales, pero hay autores y desarrollos que han sido y siguen siendo muy importantes para el pensamiento contemporáneo, ya sea posmoderno, moderno, marxista o pragmático. Liquidarlos desde una posición reduccionista y esquemática no ayuda a pensar de forma innovadora los complejísimos conflictos planteados en el mundo que vivimos, nos guste más o menos o lloremos la pérdida de la inocencia heroica que caracterizó a los «comunards» que se batieron en las barricadas de París en aquella cita revolucionaria que aún hoy nos conmueve.

15. Xandru FERNÁNDEZ: «Tácticas y delirios de la izquierda Viriato», *Ctxt, Revista Contexto*, 26 de junio de 2019. Recuperado de Internet (<http://agora.cxtx.es/>). En esa misma entrevista hecha a David Fusaro por el periodista Esteban Hernández para *El Confidencial*, aquel, refiriéndose a la capitana del barco de ayuda a los inmigrantes Sea Watch 3, que había sido detenida por la guardia costera italiana, le dirigió las siguientes calificaciones: «Generación Erasmus, rastas, odio contra el pueblo, nihilismo, hedonismo, neoprogresismo, liberal, fucsia y arcoíris. Una generación sin esperanza».

De hecho, la polémica entre lo material y lo «meramente cultural» se produjo en el seno del feminismo norteamericano en la segunda mitad de los noventa. La filósofa Nancy Fraser, en un conocido artículo titulado «¿De la redistribución al reconocimiento? Dilemas de la justicia en la era «postsocialista», criticó las políticas que perseguían el reconocimiento cultural de sectores sociales discriminados por sus diferencias porque, en cierta medida, se oponían al principio de la igualdad. Argumentaba que la discriminación, siguiendo el modelo de la clase social explotada, debía ser combatida y desaparecer como tal. Para ello no hay otro camino –pensaba– que el de la redistribución que debe hacer desaparecer la opresión y, por lo tanto, al diferente, mientras que el reconocimiento cultural lleva a la afirmación de estas diferencias y, en definitiva, a la desigualdad. Aunque matizaba mucho y, en la actualidad, las posiciones se han acercado bastante– al hablar de comunidades *bivalentes* como son el género y la raza, que están implicadas en una doble dinámica de distribución y reconocimiento, sin embargo, incide metodológicamente en el dilema que establece la oposición de ambos polos: el material/redistributivo y el cultural/identitario.

La «LUCHA POR EL RECONOCIMIENTO» se está convirtiendo rápidamente en la forma paradigmática del conflicto político a finales del siglo XX. Las reivindicaciones del «reconocimiento de la diferencia» estimulan las luchas de grupos que se movilizan bajo la bandera de la nacionalidad, la etnicidad, la «raza», el género y la sexualidad. En estos conflictos «postsocialistas», la identidad de grupo reemplaza al interés de clase como motivo principal de movilización política. La dominación cultural reemplaza a la explotación en tanto injusticia fundamental. Y el reconocimiento cultural reemplaza a la redistribución socioeconómica como remedio contra la injusticia y como objetivo de la lucha política.¹⁶

Judith Butler, en su muy conocido artículo «El marxismo y lo meramente cultural», que vio la luz en 1997, polemizaba con un marxismo que volvía a hacer resurgir extemporáneamente nuevas/viejas distancias que favorecían la táctica de identificar a los nuevos movimientos sociales con lo meramente cultural. Se oponía «a la tendencia a relegar los nuevos movimientos sociales a la esfera de lo cultural, en realidad, a despreciarlos alegando que se dedican a lo que se ha dado en llamar lo «meramente» cultural, interpretando, de ese modo, esta política cultural como fragmentadora, identitaria y particularista».¹⁷

Citaremos un texto de Butler porque creemos que resume en gran medida el espíritu que recorre *La trampa de la diversidad*, que es a su vez un exponente, como señalábamos más arriba, de toda una tendencia de pensamiento de izquierdas que se encuentra muy incómodo con «ese lío con mucha gente» al que se refirió

16. Judith BUTLER y Nancy FRASER: *¿Reconocimiento o redistribución? Un debate sobre marxismo y feminismo*, Madrid, *New Left Review en español*, *Traficantes de sueños*, p. 26.

17. *Ibid.*, pp. 67.

Aznar al ser preguntado por la masiva y multiforme manifestación que recorrió Madrid oponiéndose a la guerra de Irak.

Las siguientes son algunas de las formulaciones que ha adoptado este tipo de debate durante el pasado año: que el énfasis en lo cultural por parte de la política de izquierda ha supuesto abandonar el proyecto materialista del marxismo; que no aborda las cuestiones de equidad y redistribución económica; que no sitúa, asimismo, la cultura en el marco de una comprensión sistemática de los modos de producción sociales y económicos; que el énfasis en lo cultural de la política de izquierda ha dividido a la izquierda en sectas basadas en la identidad; que hemos perdido un conjunto de ideales y metas comunes, un sentido de la historia común, un conjunto de valores comunes, un lenguaje común e incluso un modelo objetivo y universal de racionalidad; que el énfasis en lo cultural de la política de izquierda instaura una forma política autorreferencial y trivial que se limita a hechos, prácticas y objetos efímeros en lugar de ofrecer una visión más sólida, seria y global de la interrelación sistemática de las condiciones sociales y económicas.¹⁸

Butler sostiene, además, a diferencia de lo expuesto por Nancy Fraser en el artículo ya citado, que la reivindicación de lo cultural en el feminismo y en el movimiento *queer* es muy material, a su vez, porque el normativismo que produce la binariedad sexual (hetero) patriarcal mantiene la estabilidad del sistema de género y la naturalización de la familia, que son los espacios de reproducción de los procesos productivos y reproductivos. Es decir, borra las fronteras del dilema material/cultural, situándose más allá.

¿DE QUÉ IDENTIDAD HABLAMOS CUANDO HABLAMOS DE IDENTIDAD?

En toda esta concepción que combate Butler y que podemos localizar en numerosas páginas de *La trampa de la diversidad* subyace una idea de la identidad que se puede calificar de rígida, dada, preestablecida. Una idea de la identidad muy diferente de las identidades dinámicas, no esencialistas, en construcción por rearticulaciones y resignificaciones que el contacto, las exclusiones y las relaciones de dominación y subordinación producen. E. P. Thomson, un historiador al que nadie le puede discutir su adscripción al marxismo, escribió un libro clave de la historia social y cultural, *La construcción de la clase obrera inglesa*,¹⁹ que establece las maneras de constituirse esa clase que aparece como una depuración, una condensación, de las experiencias vividas; de sus prácticas económicas y tradiciones culturales, de orígenes muy diversos, en una relación que no borra sus

18. *Ibid.* p. 68.

19. E. P. THOMSON: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Madrid, Capitan Swing, 2012.

oposiciones internas ni sus límites siempre imprecisos, sino que establece una redefinición. Y que, además, incorpora sus marcos de traducción y comprensión de esta trayectoria dinámica en diálogo conflictivo con la aristocracia y la burguesía. Es decir, la clase obrera inglesa no nace, se hace, por usar la famosa frase de Simone de Beauvoir.

El mito de la Edad de Oro y la melancolía por la pérdida de la unidad preexistente no resiste la historicidad. Como señalaron Ernesto Laclau y Chantal Mouffe en su libro *Hegemonía y estrategia socialista*,²⁰ es difícil localizar alguna experiencia histórica, más allá de La Comuna, que tuviera características populares muy peculiares, en la que se pueda aislar a la clase obrera como clase revolucionaria que actúa sin la presencia y el cemento de una articulación de clases o fracciones de clase o en el seno de un bloque histórico. Gramsci, cuando formula su teoría sobre la hegemonía, propone precisamente un modelo antagónico con el formulado por la III Internacional en su consigna de «clase contra clase». En sus *Cuadernos de la Cárcel* late la idea de la afirmación del primado, de la política y la aceptación de una pluralidad de luchas y reivindicaciones democráticas que no pueden reducirse a una mera pertenencia de clase. Las políticas antifascistas posteriores a esta línea de Dimitrov y Togliatti o, más tarde, el eurocomunismo de Berlinguer o Carrillo, seguirán la senda de la articulación de una mayoría social plural que debe avanzar desde la afirmación de la construcción de un bloque progresista; disputando la hegemonía palmo a palmo en todas las instancias que no funcionan a un mismo ritmo sino que disfrutan de autonomía y discontinuidades.²¹

Es posible que haya una mala noticia que dar: esa Edad de Oro, como cualquier edad que se imagine desde una expectativa mítica, no tuvo lugar; se sitúa en otro lugar diferente, en el tiempo cíclico no cronológico y en el espacio de la poesía, no en el de la historia. En la historia, siempre fueron varias las clases, diversos los pueblos y diferentes las luchas. Aunque, eso sí, a mayor complejidad social y cultural, más lío.

Para acabar, es necesario decir que muchas de las denuncias, excesos y caricaturas que Bernabé cita son perfectamente rechazables. Ciertas son muchas de las cosas que le preocupan, y muchos de sus temores están bien fundados y los compartimos. Como dice Terry Eagleton, no siempre la diversidad es mejor que la unidad, y «hay veces que lo que hace falta no es diversidad sino solidaridad».²²

Pero de nuevo encontramos en Butler una fuente de inspiración cuando dice: «Este rechazo a subordinarse a una unidad que caricaturiza, desprecia y domestica la diferencia se convierte en la base a partir de la cual desarrollar un impulso político más expansivo y dinámico. Esta resistencia a la 'unidad' encierra la

20. Ernesto LACLAU y Chantal MOUFFE: *Hegemonía y estrategia socialista*, Madrid, Siglo XXI, 1987. Documento digital.

21. Maite LARRAURI y Dolores SÁNCHEZ: *Contra el elitismo. Gramsci manual de uso*, Barcelona, Ariel, 2017.

22. Terry EAGLETON: *Cultura*, Barcelona, Penguin Random House, 2017. Documento de Kindle.

promesa democrática para la izquierda».²³ No hay que olvidar que la resistencia de la segunda ola del feminismo en los sesenta/setenta, a esperar su turno detrás de la clase obrera y de sus partidos dirigentes para luchar por sus propios objetivos emancipatorios, ha supuesto un impulso de cambio de muy amplia repercusión para el conjunto de la humanidad.

Para superar el paradigma individualista del neoliberalismo y el triunfo de la transformación del *homo politicus* en *homo aeconomicus* es probable que, en vez de volvernos a arropar con viejas respuestas unitarias y de confuso sabor economista, debamos encontrar otras más complejas en las que la política recupere la primacía; en las que la agencia de un proyecto emancipador beba de un modelo distinto, más gramsciano, en el que se comprenda que transformar el sentido común de época requiere articular desde la pluralidad más amplia un nuevo sujeto en común que de ninguna manera será ya único. La diversidad, más que una trampa, puede ser un desafío democrático que requerirá seleccionar alianzas, primar objetivos, articular diferencias, y, sobre todo, pensar y repensar el *momentum*, los actores en presencia y la correlación de fuerzas; aquello que Lenin definía como el análisis concreto de la situación concreta, y que con tanta fortuna supo llevar a la práctica.

23. Judith BUTLER y Nancy FRASER: *¿Reconocimiento o redistribución?...*, p. 87.

.....
DOLORES SÁNCHEZ DURÁ en doctora en Historia y presidenta de FEIS (Valencia)